

Crónica



La discusión sobre seguridad y cooperación en el continente sumó una nueva voz desde el norte de Chile. A días de la Cumbre Escudo de las Américas, realizada en Miami con participación de líderes latinoamericanos y del presidente electo José Antonio Kast, la Alianza Mundial Aymara planteó que la estabilidad regional no puede construirse únicamente desde la lógica militar, policial o diplomática, sino que exige considerar también las realidades humanas, culturales y territoriales que históricamente han sostenido la convivencia en la macrorregión andina.

La declaración de la organización, con sede en Tarapacá, se instala en un momento de alta sensibilidad política. La reciente participación de Kast en la Cumbre Escudo de las Américas, donde sostuvo actividades y un encuentro con Trump, abrió debate en Chile sobre el tipo de alineamientos internacionales que podría marcar el nuevo ciclo político. En ese contexto, la Alianza Mundial Aymara optó por desplazar la discusión desde la coyuntura ideológica hacia una reflexión más profunda: cómo se construye una paz duradera en territorios donde confluyen fronteras estatales, migración, intercambio económico, identidad cultural y una larga historia de cooperación entre pueblos. Para la entidad, el espacio andino no es una periferia secundaria dentro del mapa hemisférico, sino una zona estratégica donde durante siglos se han tejido formas de organización, intercambio y complementariedad entre comunidades hoy asentadas en Chile, Bolivia y Perú. Desde esa mirada, las fronteras no son únicamente líneas administrativas entre Estados, sino territorios vivos donde persisten prácticas de convivencia, diálogo y cooperación

cotidiana que pueden aportar una experiencia valiosa al actual debate regional.

La Alianza sostiene que el escenario abierto tras la cumbre americana representa una oportunidad para ampliar la manera en que se entiende la seguridad. En vez de restringirla solo a amenazas visibles como el narcotráfico, la migración irregular o la criminalidad transnacional —todos temas presentes en la reunión de Miami—, plantea incorporar una perspectiva más amplia, donde entren en juego la cohesión comunitaria, la educación intercultural, la protección de los territorios históricos y el fortalecimiento del tejido social. Esa es la base de lo que denomina seguridad humana andina, un concepto que busca relevar la experiencia acumulada de los pueblos del altiplano y del mundo fronterizo como una contribución concreta al desarrollo equilibrado del continente.

Lejos de presentarse como una observación meramente identitaria, el planteamiento adquiere tono político y territorial. En un continente donde los foros de alto nivel suelen concentrarse en estrategias estatales o en acuerdos entre gobiernos, la organización aymara subraya que las comunidades históricas también poseen conocimiento relevante sobre cómo sostener relaciones de equilibrio en escenarios complejos. Esa afirmación no es menor en una macrozona como la andina, donde la convivencia entre culturas, economías locales, movilidad humana y recursos estratégicos obliga a pensar soluciones más finas que las que habitualmente ofrece la política centralista. El presidente de la Alianza Mundial Aymara, Juan Carlos Hernández Caycho, resumió esa posición con

Alianza Mundial Aymara irrumpe en debate hemisférico y pide poner a los territorios en el centro de la estabilidad regional

Desde Tarapacá, la organización advirtió que la seguridad del continente no puede reducirse al control fronterizo o al combate del crimen, y llamó a incorporar la dimensión humana, cultural y territorial en la cooperación que hoy se impulsa tras la Cumbre Escudo de las Américas.

una frase que apunta al corazón del debate actual. "El espacio andino posee una experiencia histórica de convivencia y cooperación que puede enriquecer las reflexiones actuales sobre estabilidad regional. La diversidad cultural de nuestras sociedades no es un obstáculo para el desarrollo, sino una fuente de aprendizaje y equilibrio para el futuro de las Américas", señaló. El mensaje tiene una doble lectura. Por una parte, reconoce que existe hoy una preocupación legítima de los Estados por enfrentar fenómenos que golpean con fuerza a las sociedades americanas, como el crimen organizado, las redes ilícitas transnacionales, la presión migratoria y las transformaciones económicas y tecnológicas. Por otra, advierte que una estrategia duradera no puede desconocer el rol de los territorios donde esos procesos se expresan de forma concreta. En regiones como Tarapacá, donde la historia de frontera es también historia de intercambio, circulación y mezcla cultural, esa omisión podría traducirse en políticas incompletas.

La organización afirma que ha venido impulsando iniciativas orientadas al diálogo entre comunidades, instituciones y

actores del mundo público y académico, con el propósito de fortalecer la valorización del espacio andino y aportar a una comprensión más amplia de sus dinámicas sociales y territoriales. Bajo esa línea, insiste en que la experiencia de las comunidades históricas no debe ser vista como un vestigio folclórico, sino como una reserva de conocimiento útil para abordar desafíos contemporáneos.

Desde una perspectiva regional, la intervención de la Alianza Mundial Aymara también proyecta una señal política relevante: Tarapacá no quiere ser solo un territorio donde se aplican decisiones tomadas desde fuera, sino también un espacio capaz de producir reflexión sobre el futuro del continente. En tiempos donde la seguridad hemisférica aparece dominada por discursos de endurecimiento, control y alineamientos geopolíticos, la voz surgida desde el mundo andino recuerda que la estabilidad no depende exclusivamente de acuerdos entre presidentes ni de cumbres internacionales, sino también de la calidad de los vínculos que se sostienen día a día en los territorios.

Ese matiz cobra mayor fuerza en la actual coyuntura. La

cumbre en Miami reunió a líderes de derecha del continente y giró en torno a una agenda marcada por la seguridad, la inmigración y la disputa de influencia en la región. En paralelo, la reacción política que generó en Chile la presencia de Kast mostró que la política exterior y la cooperación internacional seguirán siendo materias de alta controversia en el nuevo escenario nacional. En medio de ese cuadro, la Alianza Mundial Aymara opta por plantear una tesis distinta: que ninguna arquitectura regional será realmente sólida si no incorpora el respeto mutuo, la diversidad cultural y el valor estratégico de los territorios históricos.

La idea final que deja la organización es simple, pero potente. La seguridad humana andina recuerda que la estabilidad del continente no comienza en las salas de negociación ni termina en los acuerdos entre cancillerías. Comienza, más bien, en los territorios donde los pueblos han aprendido durante siglos a convivir, cooperar y resistir en común. Y desde esa memoria larga, Tarapacá busca hoy hacerse escuchar en un debate que ya no es solo regional, sino hemisférico.